

“Márgenes”, de Carlos Vesga Duarte

Escribe: JAIME DUARTE FRENCH

Para las nuevas generaciones el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán es un hecho puramente histórico, es decir, ajeno a su vital experiencia y reducido, por lo mismo, a la simple condición de un suceso del pasado. Los estudiantes de hoy tienen de ese caudillo la misma imprecisa y vaga imagen que pueden tener, por ejemplo, de José Antonio Galán, Acevedo y Gómez, Tomás Cipriano de Mosquera o Rafael Uribe Uribe. Personajes enteramente deshumanizados, desapasionados, fríos y llanos, porque sólo de esa manera se conservan en la memoria de los pueblos, en ese vasto cementerio que es la historia, según dijo Paul Valery. De cuando en cuando un autor, provisto de finos y adecuados instrumentos intelectuales, exhuma a uno de esos llamados personajes históricos, y mediante prodigiosa operación vivificadora lo reintegra, con sus defectos y virtudes, a la sociedad de los hombres. Pero esto ocurre, en realidad, pocas veces, porque no es fácil infundir de nuevo en un ser artificialmente reconstruído, el calor y el amor con que efectivamente vivió y batalló en su tránsito por la tierra. Es un lugar común decir, por lo tanto, que los personajes históricos terminan por asumir en la conciencia de los pueblos una categoría insufrible de momias, y que eso explica, precisamente, el poco o ningún interés con que la juventud —maravillosamente dotada para el apasionamiento y el heroísmo— mira hacia el pasado, sus personajes y episodios.

La generación colombiana que en 1949 —año de data de estas notas biográficas— había llegado al poder, o por lo menos a sus antecámaras y más inmediatos vestíbulos, había hecho su aprendizaje político, y desde luego el académico, con posterioridad a 1930, que fue el año de partida de las grandes transformaciones y agitaciones nacionales. Empezó ese proceso con la

sustitución, en la cabecera del Estado, del partido conservador por el partido liberal, tras cuarenta años de hegemonía. Ese tránsito de una colectividad a otra no se hizo, como lo saben bien quienes lo vivieron, con el ánimo pacífico y civilizado que se suponía de rigor en un cambio de tan caracterizado sentido democrático. Un partido, en efecto, vencido en las urnas, reconocía honestamente la victoria de su adversario, y sin forzar ningún principio de su credo, ni traicionar tampoco sentimiento alguno, le entrega el poder, porque lo había ganado. Fue un infortunio para la república que los dos partidos tradicionales no hubieran hecho conciencia, en 1930, de que este cambio pacífico en el gobierno, por voluntad de las urnas, podía y debía constituirse en norma infrangible en el comportamiento futuro de las dos colectividades. No se hizo así, y el país tomó, como un sonámbulo, la dirección del precipicio. Tal vez no sea esta afirmación muy del agrado de muchas personas, pero es necesario hacerla, porque aquellos episodios han cobrado ya la lejanía que recomiendan los prudentes para analizar y juzgar los hechos históricos.

A conciencia de que esto es así, debe decirse que entre 1930 y 1935 se desató la furia de las malas pasiones, que esta vez encarnaron en lo que nunca antes había tenido vigencia en Colombia: los odios políticos. La necesidad de afianzar un credo partidista y trocar en jugoso botín la administración pública, fue el incentivo de quienes supusieron, infortunada y equivocadamente, que la victoria electoral había que usufructuarla sin limitaciones, lo que en buen romance significaba que debía ser excluyente y terminante. Cuarenta años de mandato conservador habían acumulado en el partido adversario, el liberal, incontables y, desde luego, no pocas veces muy justos resentimientos, los cuales, sumados a las frustraciones que como colectividad con vocación de gobierno había también padecido, estimularon la ejecución al máximo de esa empresa avasalladora. No vale negar la persistencia con que entonces se acudió a los sistemas represivos, en el afán de institucionalizar la nueva hegemonía. El pormenor de todos los episodios que forjaron la trama de aquella aventura, reposa, a la espera del investigador acucioso y objetivo, en los distintos órganos de publicidad que por esos días tomaron parte en la memorable agitación. Consolidado el nuevo orden por el partido triunfante, sobrevino, bajo su completa hegemonía, un período de paz, que duró aproximadamente una década. Durante ese lapso, que fue el de la llamada República Li-

beral, el partido conservador se mantuvo a la expectativa, no del todo sometido a las circunstancias, ya que en varias ocasiones se comprometió en actos esencialmente contrarios a su doctrina, que opone la legalidad a las vías de hecho.

Hubo días en que los dos partidos rivalizaron en el ardor y el apasionamiento con que se combatían, y en que los jefes políticos de uno y otro bando cifraban su orgullo en extremar la acerbidad de los ataques. Lo que este comportamiento trajo consigo en perjuicio de la paz pública, de las buenas costumbres y de la moralidad ciudadana, afecta todavía hoy, de modo grave, el orden institucional y el sosiego colectivo. Porque aquellos primeros actos de violencia, ejecutados entre 1930 y 1935, se reprodujeron, de modo todavía más cruel y sistemático, al operarse en el país, en 1946, el cambio de gobierno, por el triunfo del partido conservador sobre el partido liberal. El espíritu vengativo retornó a las plazas y los campos, y con los mismos métodos utilizados tres lustros atrás se revivió el drama sangriento de los sectarismos homicidas. Este no es el sitio indicado para el recuento histórico de aquellos hechos. Para el propósito que ahora nos anima, basta con decir que en ejecución de los torpes episodios rivalizaron los dos partidos tradicionales. Es inútil que, bajo el empeño de un tonto fariseísmo, algunas personas, de este o del otro lado, pretendan radicar la responsabilidad de lo sucedido exclusivamente en una colectividad, ya que para desmentirlos están a la disposición de los investigadores los documentos oficiales, públicos y privados, en que todo aquello consta. En esta imposibilidad moral e histórica de hacer caer sobre los demás el pecado y la culpa, se cifra el verdadero drama de quienes fueron sus inspiradores y protagonistas, ya que la historia tendrá que proferir su veredicto, implacable como todos los suyos, sobre el ominoso período. Aparecerán entonces, nombrados con sus propios y precisos nombres, los individuos cuya acción u omisión hizo posibles esos hechos.

El sacrificio de Jorge Eliécer Gaitán, al cual hicimos alusión al comienzo de estas líneas, fue el fruto natural de ese ambiente de descomposición en que cayó la República por virtud de la violencia. Los autores intelectuales del ominoso crimen bien pudieron recibir su inspiración de ideologías o intereses políticos foráneos, pero éste no habría sido posible si no se dan las circunstancias sociales y morales de descomposición, que eran necesarias para eso. El estallido popular que siguió a la comisión

del crimen, y que redujo a cenizas a la ciudad capital, tampoco hubiera tenido ocurrencia si entre los dos partidos, uno en el gobierno y otro en la oposición, no se librara la más atroz guerra a muerte que sea dado imaginar. Abundante literatura se ha producido en el país para presentar estos hechos. Pero toda ella peca de tendenciosa y apasionada, porque siempre, sea en favor de un bando o del otro, se encamina a estimular el espíritu de venganza mediante la invocación del espíritu de partido.

A tal punto se había llegado en el distanciamiento y encono de las colectividades tradicionales, que los propios dirigentes, sofozada la revuelta del 9 de abril, propiciaron el acuerdo político, concretado por el presidente Ospina Pérez en un gabinete de formación paritaria. La lucha no cesó, sin embargo, por eso, pero sí perdió un estímulo poderoso al participar el partido de oposición en el gobierno, ante la complacida mirada de las gentes de bien. Para infortunio de todos, el ánimo pendenciero y sectario no tardó en reaparecer, ahora con el agravante de que el campo donde se libraban las batallas era el propio gobierno, en toda su extensión, desde lo nacional hasta lo municipal. Tampoco vamos a entrar en detalles en este punto, porque esa es historia compleja, cuya evocación requiere grandes esfuerzos y un considerable número de cuartillas.

Puede pensarse, a vista de lo anterior, que las clases dirigentes se habían hundido en bloque en ese piélago de violencia, y que en todo el país no se escucharon por entonces sino voces de barbarie y proclamas de exterminio. Lo cual no es cierto. Muchos colombianos hubo, que angustiados por el drama que vivía la república, se dedicaron por entero a proyectar y defender cuantas empresas de paz y concordia creían necesarias. Lo primero que ocurría pensar, en este empeño conciliatorio, era en crear en el país un ambiente de confianza, devolviendo el crédito a las personas y reconociendo el mérito donde éste se encontrara. Si se prescindía en la lucha política de los ataques personales, y sólo se empleaba el ardor en defender las ideas, era obvio que el ambiente se descargaba y las pasiones tomaban en lo posible un rumbo racional. Una de esas voces fue, precisamente, la de Carlos Vesga Duarte, el autor de las semblanzas que presentan estas páginas. Escritas entre los meses de febrero y agosto de 1949 —año de increíbles tensiones políticas— ninguna descubre esa deplorable situación nacional, ni da pie para sospechar siquiera que algo afectaba en esos momentos el

sosiego público. Hago, antes de seguir adelante, esta conveniente digresión: Carlos Vesga era entonces, y lo es todavía, un político integral, que ejerce esta vocación, no a través de campañas ni de elecciones en busca de empleos o canongías, sino movilizándolo ideas, planteando inquietudes e interrogantes sobre la marcha de la república y su destino, examinando posibilidades en lo económico, en lo social, en lo cultural y en lo administrativo. Su obra de escritor es corta, porque la fluencia de su pensamiento es de tal manera persistente, que no puede exteriorizarse sino por la vía verbal, más expedita que la escrita cuando de descongestionar el alma se trata. Vesga Duarte es un conversador magnífico, de corriente sólo en apariencia sosegada, y que coloca siempre al interlocutor en la necesidad de razonar y de mantenerse vivo y despierto, porque esas son las características del discurso que a él le gusta. Su pluma se ha ejercitado, por lo mismo, en no desmedida forma, aunque bien podría hacer el acopio de un número suficiente de ensayos como para llenar buenos volúmenes. El tono, entre familiar y severo, que se percibe en su prosa —de la cual estas páginas son vivo ejemplo— se explica por la tendencia de Vesga Duarte a escribir conversando, en un alarde de esa difícil facilidad en que consiste el buen estilo. Y este escritor santandereano lo tiene estrictamente ceñido a los más exigentes requerimientos clásicos, pero feliz y gozosamente matizado por palabras y expresiones que denotan en el escritor un vigoroso conocimiento del léxico y las costumbres populares.

Los personajes que aquí figuran pueden no ser, juzgados meticulosamente, como los presenta Carlos Vesga, pero tienen, en todo caso y de manera incontrovertible, los rasgos generales que él les asigna. Pertenecen, como se ve, a toda suerte de profesiones, formaciones, actividades, temperamentos y gustos. Los políticos constituyen el grupo mayoritario, por la circunstancia de ser el autor de las semblanzas un escritor que hacía en esos momentos periodismo político, en las páginas de un diario conservador —“*El Eco Nacional*”—, del cual era director-proprietario. Estas semblanzas se publican entre los meses de febrero y agosto de 1949, un año después de la muerte de Gaitán, y cuando las luchas de los partidos recobraban fuerza y violencia tras la pequeña pausa que siguió a la integración paritaria del gabinete, a raíz del nueve de abril de 1948.

Vesga Duarte protagonizaba en su periódico, en esos días, en un plano eminentemente intelectual, los episodios de la lucha que sordamente libraban los partidos por su predominio en el gobierno y en las corporaciones públicas. Y a pesar de ser conservador de cepa goda, y de esforzarse por el triunfo de sus copartidarios y de sus ideas, no tuvo inconveniente en hacer la exaltación ardorosa y férvida de no pocos adversarios liberales. Su pluma fue la única, sin duda, que se consagró, en esos días de tan apasionado y turbulento quehacer político, a destacar los méritos y triunfos, así fueran estos fugaces, de quienes ocupaban la escena pública. En estos escritos se mostraba ya como lo que en realidad es: un periodista de fina formación intelectual, doctrinario y conceptuoso, pero también, cuando el caso apuraba y era necesario, punzante y agresivo, con una dotación abundante de lo que Ganivet llamaba las **ideas picudas**.

Porque Carlos Vesga Duarte supo hacer alarde en su periódico de esta rara condición de defender con viveza y fuerza sus ideas, y conceder, al propio tiempo, al adversario, el derecho a defender, también con fuerza y viveza, las suyas. Pocos ejemplos de este gallardo y franco comportamiento nos presenta el periodismo colombiano. En Vesga Duarte ha sido, sin embargo, el resultado de un interior equilibrio, felizmente complementado por una cultura de vastísimas proyecciones.

Se advierte, por lo mismo, que el denominador común de las notas que componen este volumen es el de estar matizadas, y algo más, impregnadas de toda suerte de consideraciones y referencias eminentemente intelectuales, que denotan a las claras la recia estructura espiritual y mental de su autor. La constante y oportuna alusión a diversas cuestiones de la historia, la literatura, la filosofía, la economía y las artes, constituyen apenas un índice de lo que es su cultura, tanto clásica como moderna.

El país, y con él los diferentes gobiernos, se han permitido ignorar, para sus empresas nacionales, a este eminente colombiano, cuya capacidad de acción y de reflexión rendiría incalculables beneficios puesta al servicio de una tarea pública.

De lo que él es capaz ya ha dado muestras insignes. Tal vez convenga recordar a este propósito, su empeño de aquellos días en convocar una asamblea constituyente, que tomara a su cuidado la reforma de la Carta, con miras a introducirle las modificaciones que demandaba la delicada situación del país. Las tesis jurídicas y políticas expuestas por Vesga Duarte en el curso de

la campaña, forman un verdadero cuerpo de doctrina, y ofrecen, todavía hoy, puntos valiosos de meditación sobre el tratamiento que a nivel institucional debe dárseles a los problemas colombianos. El libro en donde se consignen tales artículos forma en el catálogo de los compromisos intelectuales que Vesga Duarte tiene contraídos con la república y con su partido. Otro libro de ensayos más generales parece que está listo para pasar a la imprenta, lo cual satisfará una vieja esperanza de sus amigos y admiradores, que son muchos, y que saben que las obras de Vesga Duarte son piezas realmente admirables dentro del género del ensayo político.